

1. Planteamiento del tema

En nuestra escuela de Santidad (igual que en la misma vida espiritual) a pesar de los buenos deseos y propósitos que podamos tener, puede venir cierta impresión de atasco, de no avanzar (incluso de retroceder) y, en consecuencia, de desaliento. Esto suele ocurrir. Pero ¿cuáles pueden ser las razones?

1. A veces se trata de un **engaño**: Pensamos que no avanzamos, que estamos como atascados en la vida espiritual, e incluso tenemos la impresión de retroceder, de ir a peor. No siempre es cierto, lo que pasa es que **en la medida que el alma está más cerca de Dios, va descubriendo debilidades y manchas que antes no conocía y con las que convivía pacíficamente por ignorarlas**. Ahora el alma está más cerca de la Luz, más adelantada en la perfección, pero la conciencia más viva de las propias miserias (ahora más puestas de manifiesto) puede desanimarnos y hacernos desertar de la santidad.

A veces al alma le pasa lo que al cojo que nunca ha aprendido a andar, ni siquiera lo ha intentado; estaba muy cómodo sin moverse, pensando que estaba desprovisto de movilidad. Pero en un momento feliz de su vida descubre que se puede mover, porque ¡no sabía que era cojo! Pero es entonces, cuando al pretender andar descubre su herida, y las dificultades para caminar...

Así nos puede pasar a nosotros cuando nos determinamos a seguir con decisión el camino maravilloso de la santidad, después quizá, de muchos años de estar inmovilizado. Descubrir que estábamos cojos y que hay que esforzarse mucho para caminar, no nos debe desanimar. Dar pasos es ya avanzar mucho...

2. Pero otra razón de nuestro posible desaliento puede ser también la misma **fragilidad humana**, debida fundamentalmente a la herida que nos dejó el pecado original. Esta debilidad innata nos hace costosa y difícil (también meritoria) la perseverancia en el bien. No debemos extrañarnos de ello.

La experiencia común dice que **en cuanto el alma se determina a amar del todo al Señor tropieza en seguida con dificultades y obstáculos de diferentes tipos**. El alma quiere entregarse del todo al AMOR TOTAL y aparece con fuerza un cierto encadenamiento interior que trata de retenerlo, de frenarlo. Cuanto más quiere el alma volar, más siente, como nunca quizá, el peso de su concupiscencia que tira de ella y no la deja despegar. Son los sutiles enemigos de dentro de nosotros, menos descarados incluso que esas raíces de mal que son los **pecados capitales** (aunque se mezclan con ellos). Son los **"apetitos" o apegos interiores** que tratarán siempre de atar y retener el alma, de quitarle libertad, bloqueando su ascensión a Dios...

Los «apetitos» son las tendencias, los impulsos interiores del hombre que piden ser satisfechos. Si el objeto de la acción es éticamente malo, tiene que ser rechazado como moralmente malo. Pero hay objetos de nuestras acciones que son éticamente buenos o indiferentes, pero por su capacidad de seducción (crean hábito o dependencia) pueden ser dañinos para la salud moral, mental o física. Se convierten en una «droga», pues encadenan al hombre a su consumo del que no es fácil liberarse. En ese caso, la persona se ha convertido en un esclavo de sí mismo y sus necesidades. Puede creerse libre, pero está, de hecho, «encadenado».

2. Una doctrina exigente, que hace libres y que Jesús propone a todos

En la Sagrada Escritura "carne" es una fuerza del mal que no equivale al cuerpo humano. Su sentido es moral, y significa el *conjunto de las tentaciones y tendencias causadas por el pecado que ya se han instalado en nosotros*. Es sinónimo de "concupiscencia", la cual *"del pecado proviene, al pecado induce, pero en sí misma no es todavía pecado"*.

Jesús dice una frase impresionante: *«El espíritu es el que da vida, pero la carne no sirve para nada»* (Jn 6, 63). Por eso **es preciso que el hombre carnal (el hombre "viejo") se transforme en hombre espiritual**, consciente de que *«el espíritu está pronto, pero la carne es débil»* (Mt 26,41). El hombre nuevo (el verdadero cristiano, el hombre espiritual, celestial), nace y crece en la medida en que vive la abnegación de la carne, el renunciamiento o mortificación.

Jesús enseñaba esta doctrina a todo el pueblo, no a un grupo reducido de ascetas:

Decía a todos: *«El que quiere venir detrás de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame. Porque quien quiere salvar su vida, la perderá, y quien perdiere su vida por mi causa, la salvará»* (Lc 9,23-24; Mt 16,24-25; Mc 8,34-35).

Más aún: No es posible ser discípulo de Jesús si no se le prefiere a todo, aun a la propia vida, y si no se renuncia a todo lo que se tiene (Lc 14,26-27. 33). **Para dar fruto en Cristo, es preciso caer en tierra, como grano de trigo, y morir a sí mismo** (Jn 12,24-25). Desde luego, este lenguaje tan duro constituye en su desmesura una verdadera provocación. ¿Cómo entenderlo?¹

Subyace en toda esta doctrina exigente y para todos, el tema de la **libertad humana**. Dice San Pablo: *"Para que seamos libres nos liberó Cristo; por tanto, permaneced firmes, y no os sometáis otra vez al yugo de esclavitud"* (Gal 5,1).

Por eso, San Juan de la Cruz reflexionando sobre el comportamiento del hombre en relación con los «apetitos», o sea, con los *apegos a las cosas temporales*, (como por ejemplo las personas, los honores, los cargos, la hacienda... y a veces hasta los mismos bienes espirituales, que pueden ser las prácticas religiosas, las devociones, los lugares sagrados, etc.) no hace sino buscar la verdadera libertad humana.

Para el santo de Fontiveros, el hombre se encuentra en la vida ante dos caminos, uno que le conduce a la auténtica «libertad», a sentirse libre de sí mismo y de cuanto le rodea, y otro a la «servidumbre». Y ambos caminos son de tal manera antitéticos, contrarios, que **en tanto el hombre no supere la servidumbre de sus pasiones y apetencias o deseos desordenados no será de verdad libre**, vivirá «encadenado» a sí mismo, a sus dependencias, a sus necesidades reales o supuestas.

«Y todo el señorío y libertad del mundo -escribe- comparado con la libertad y señorío del espíritu de Dios, es suma servidumbre, y angustia, y cautiverio». *«La servidumbre -sigue diciendo- ninguna parte puede tener con la libertad, la cual no puede morar en el corazón sujeto a querer, porque éste es corazón de esclavo, sino en el libre, porque es corazón de hijo»* (Subida del Monte Carmelo, I, 4, 6) (Daniel de Pablo Maroto)

"He visto también con mucha alegría, cómo, cuanto más lucho por salir de mí e ir a Vos, más dentro de mí me encuentro; y es que Vos estáis más dentro de mí que yo, o que yo no estoy en mí, sino cuando estoy en Vos. Que cuanto más me decido a hacerme la fuerza, más en paz me encuentro. Que cuanto más me renuncio, más me poseo" (P. Nieto)

3. No se puede servir a dos señores

Decía San Agustín *"Nuestro peor enemigo es nuestra propia carne"*. Y en el libro del Kempis leemos: *"No hay enemigo peor ni más dañoso para el alma, que tú mismo, si no estás avenido por el espíritu"* (III, 13)

San Juan de la Cruz, por su parte, concreta más: *"El alma, después del pecado original, verdaderamente está como cautiva en este cuerpo mortal, sujeta a las pasiones y apetitos naturales"* (SMC I, 15, 1)

Aparece así el dilema: *No se puede servir a dos señores*. Y los dos señores son: **La voluntad de Dios y la voluntad propia** (que viene ésta muy condicionada por las pasiones, tentaciones, apetitos y caprichos de nuestra naturaleza...).

¹ San Pablo enseña lo mismo con palabras equivalentes. *«Dejando vuestra antigua conducta, despojaos del hombre viejo, viciado por la corrupción del error;*

renovaos en vuestro espíritu, y vestíos del hombre nuevo, creado según Dios en justicia y santidad verdaderas» (Ef 4,22-24; +Rm 13, 12.14; Col 3,9-10).

Tenemos como dos voces dentro: El alma se siente como "antílope en la red" (cf. Is). En manos del enemigo, y el enemigo lo llevamos dentro, pues sentimos dentro no sólo la voz de Dios, sino también la de nuestra naturaleza herida. Esto se ve también reflejado en el salmo 54: "Si mi enemigo me injuriase, lo aguantaría; si mi adversario se alzase contra mí, me escondería de él. ¡Pero eres tú, mi compañero, mi amigo y confidente, a quien me unía una dulce intimidad!" (Sal 54, 13)

Ese rival es **mi propio yo**, que me acompaña a todas partes, con quien hablo permanentemente; ese yo tan mimado por mí, que conoce todos mis secretos, mi verdadero amigo y confidente...

"Está en el cuerpo como un gran señor en la cárcel, sujeto a mil miserias que le tienen confiscados sus reinos, e impedido todo su señorío y riquezas (...) En lo cual siente el alma estar como en tierra de enemigos y tiranizada entre extraños" (CE 18, 1-2). "Porque esta es la propiedad del que tiene apetitos, que siempre está descontento y desabrido. Y como no se vean hartos, murmurarán" (SMC I, 6, 3).

Es decir, el alma siente por un lado una gran necesidad de "levantar el apetito de niñerías", pero a la vez se encuentra como impotente para ello. Esta lucha no debe extrañarnos, pero debemos conocerla bien detectando las dos voces interiores, una que nos exige y otra que nos alaga. Hay entre ellas un antagonismo total (San Pablo):

La naturaleza herida es astuta y sibilina; en cambio la gracia es sencilla y sin doblez. La naturaleza acaricia anchura y regalo; la gracia busca estrechez. La naturaleza ama el descanso; la gracia, el trabajo. La naturaleza los honores; la gracia, el oprobio. La naturaleza lo temporal; la gracia, lo eterno. La naturaleza es codiciosa; la gracia, generosa, dadivosa. La naturaleza busca el aplauso; la gracia, la discreción, huye la singularidad. La naturaleza se derrama; la gracia se recoge.

4. Efecto de los apetitos según San Juan de la Cruz

Para que el alma se encuentre con Dios precisa "sosegar la casa", es decir, ordenar su interior. Así lo dice bellamente San Juan de la Cruz en estas estrofas del poema "Noche oscura del alma":

«En una noche oscura, / con ansia, en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!, salí sin ser notada, / estando ya mi casa sosegada.

A oscuras y segura / por la secreta escala, disfrazada,
¡oh dichosa ventura!, / a oscuras y en celada, / estando ya mi casa sosegada».

Los desórdenes interiores que desasosiegan la casa del alma son "los apetitos que atormentan, cansan, ciegan, ensucian y enflaquecen el alma".

"¡Oh si supiesen los hombres de cuánto bien de luz divina los priva esta ceguera que les causan sus aficiones y apetitos, y en cuántos males y daños les hacen ir cayendo cada día en tanto que no los mortifican! Porque no hay que fiarse de buen entendimiento, ni dones que tengan recibidos de Dios, para pensar que, si hay afición o apetito, dejará de cegar y oscurecer y hacer caer poco a poco en peor.

Porque ¿quién dijera que un varón tan acabado en sabiduría y dones de Dios como era Salomón había de venir a tanta ceguera y torpeza de voluntad, que hiciese altares a tantos ídolos y los adorase él mismo, siendo ya viejo? (...) Porque esto tiene el que está ciego del apetito, que, puesto en medio de la verdad y de lo que le conviene, no lo echa más de ver que si estuviera en tinieblas" (SMC I, 8, 6)

"Hay almas que en vez de dejarse a Dios y ayudarse, antes estorban a Dios por su indiscreto obrar o repugnar; hechas semejantes a los niños, que queriendo sus madres llevarlos en brazos, ellos van pateando y llorando, porfiando a irse ellos por su pie, para que no se pueda andar nada; y si se anduviere, sea al paso del niño" (SMC, prólogo, 3).

Estos son los efectos que los apetitos causan en el alma según San Juan de la Cruz:

1º. Atormentan, porque así como una persona sufre si se acuesta sobre espinas, así el alma sufre cuando se acuesta sobre sus apetitos, que punzan y espolean.

2º. Cansan, porque nunca dicen "basta". Son como hijuelos que siempre están pidiendo y nunca se sacian.

3º. Ciegan: hacen ver las cosas tras los celajes y oscuros vapores de las pasiones.

4º. Ensucian: el alma pierde blancura cuando se revuelca en el lado de los afectos desordenados (pasiones).

5º. Enflaquecen: el alma derramada en pequeñas aficiones no tiene vigor para centrarse en Dios.

"Está como un enfermo muy fatigado que, teniendo perdido el gusto y el apetito todos los manjares fastidia y todas las cosas le molestan y enojan. Sólo en todas las cosas que se le ofrecen al pensamiento o a la vista, tiene presente un solo apetito y deseo, que es de su salud, y todo lo que a esto no hace le es molesto y pesado" (CE 10, 1).

Luchas:

- Me siento incapaz de tratar mejor a quien me cae peor o de comer más de lo que me gusta menos.
- Incapaz de poner la otra mejilla y de abrazar el quedar mal y no excusarme nunca.
- Incapaz, ya no de hacer penitencia dura y exigente, sino que me cuesta incluso hasta prescindir de lo superfluo.
- La perseverancia diaria en la oración se me hace muy cuesta arriba y voy abandonando...
- Siento caprichos interiores con frecuencia incontrolables, y pataletas cuando me contrarían que me ponen de mal humor.
- Las perezas, envidias, enfados, curiosidades... no sólo no ceden, sino que a veces pienso que arrecian.
- Pendientes del si me apetece o no, si me gusta o no...

5. Se impone la mortificación

Ante este panorama humano, San Juan de la Cruz propone el camino de la **purificación**, las «noches» del sentido y del espíritu para conseguir la libertad y evitar el encadenamiento. El que no ve que los vicios eliminan o disminuyen la libertad es que tiene la mente y el corazón «encadenados».

El alma que vence los apetitos obtiene los efectos contrarios: goza, descansa, ve con claridad, ama con limpieza, se fortalece, está más íntegra y es audaz. **Cuando el alma se vacía de sí, se llena de Dios**. Se centra más en Él y en lo importante de la vida, es decir, en la sustancia más que en el sabor.

Es ahora cuando se descubre la importancia de la mortificación. Incluso se la añora. Se empieza a comprender el verdadero sentido de la penitencia. Se empieza una **guerra sin cuartel** ante un natural que grita por un amor propio demasiado acomodado ¡Contrariarla! Es la noche del sentido: Ropa pobre, cama dura, comida seca, trabajo áspero, casa fría, mirada recogida...

Y es que, como dicen los santos, los enemigos **sólo** se vencen con los contrarios: "Procure siempre inclinarse no a lo más fácil, sino a lo más dificultoso; no a lo más sabroso, sino a lo más desabrido; no a lo más gustoso, sino antes a lo que da menos gusto; no a lo que es descanso, sino a lo trabajoso; no a lo que es consuelo, sino antes al desconsuelo; no a lo más, sino a lo menos; no a lo más alto y precioso, sino a lo más bajo y despreciado; no a lo que es querer algo, sino a no querer nada; no a andar buscando lo mejor de las cosas temporales, sino lo peor, y desear entrar en toda desnudez y vacío y pobreza por Cristo de todo cuanto hay en el mundo" (SMC 1, 13 6)

"En esto conozco que me amas: en que mi enemigo no triunfa de mí" (Sal 40, 12). Y **cuando el alma opta por un SEÑOR, debe hacerlo con DETERMINACIÓN y dispuesto a LUCHAR a librar una guerra sin cuartel**.

Los Padres del desierto, en sus Apotegmas, ponen la metáfora del perro de caza, que es especialmente significativa y expresiva: *El perro cuando sale de casa corre alegremente de aquí para allá, salta, va y viene despreocupado, distraído. Pero en cuanto encuentra el rastro de la presa aplica el olfato al suelo y sale disparado como una flecha olvidándose de todo lo demás. Corre veloz. Desde ese momento su rumbo es fijo y su marcha completamente recta. Nada le entretiene, ninguna otra cosa le interesa. No pierde el tiempo.*

Así debe hacer el alma con su "presa divina".

ESCUELA DE SANTIDAD (Práctica cristiana)

TEMA 22 (petición): *Dame, Señor, pureza de alma. Dame la libertad de corazón*

1. Ejercicio de ORACIÓN para la semana

En cuaresma, tiempo favorable de gracia, cuidemos muy especialmente la oración, nuestra unión con Dios y la intimidad con Él durante el día. Dice San Juan Crisóstomo:

El sumo bien está en la plegaria y en el diálogo con Dios, porque equivale a una íntima unión con Dios: y así como los ojos del cuerpo se iluminan cuando contemplan la luz, así también el alma dirigida hacia Dios se ilumina con su inefable luz.

Conviene, en efecto, que elevemos la mente a Dios no sólo cuando nos dedicamos expresamente a la oración, sino también cuando atendemos a otras ocupaciones (...) de tal manera que todas nuestras obras, como si estuvieran condimentadas con la sal del amor de Dios, se conviertan en un alimento dulcísimo para el Señor. Pero sólo podremos disfrutar perpetuamente de la abundancia que de Dios brota, si le dedicamos mucho tiempo.

La oración es la luz del alma, el verdadero conocimiento de Dios, la mediadora entre Dios y los hombres. Hace que el alma se eleve hasta el cielo, que abrace a Dios con inefables abrazos apeteciendo, igual que el niño que llora y llama a su madre, la divina leche. Pues la oración se presenta ante Dios como venerable intermediaria, ensancha el alma y tranquiliza su afectividad.



TEXTOS COMPLEMENTARIOS

Texto 1. Para la unión del alma con Dios: vencer todo apetito voluntario. Romper ataduras sutiles. (San Juan de la Cruz)

Todos los apetitos voluntarios, ahora sean de pecado mortal, que son los más graves; ahora de pecado venial, que son menos graves; ahora sean solamente de imperfecciones, que son los menores, todos se han de vaciar y de todos ha el alma de carecer para venir a esta total unión, por mínimos que sean. Y la razón es porque el estado de esta divina unión consiste en tener el alma, según la voluntad con tal transformación en la voluntad de Dios, de manera que no haya en ella cosa contraria a la voluntad de Dios...

Luego claro está que para venir el alma a unirse con Dios perfectamente por amor y voluntad, ha de carecer primero de todo apetito de voluntad*, por mínimo que sea. Esto es, que advertida y conocidamente no consienta con la voluntad la imperfección, y venga a tener poder y libertad para poderlo hacer en advirtiendo...

Estas imperfecciones habituales son: como una común costumbre de hablar mucho, un asimientillo a alguna cosa que nunca acaba de querer vencer, así como a persona, a vestido, a libro, celda, tal manera de comida y otras conversacioncillas y gustillos en querer gustar de las cosas, saber y oír, y otras semejantes.

Cualquiera de estas imperfecciones en que tenga el alma asimiento y hábito, es tanto daño para poder crecer e ir adelante en virtud, que sí cayese cada día en otras muchas imperfecciones y pecados veniales sueltos, que no proceden de ordinaria costumbre de alguna mala propiedad ordinaria; no le impedirán tanto cuanto el tener el alma asimiento a alguna cosa. Porque, en tanto que le tuviere, excusado es que pueda ir el alma adelante en perfección, aunque la imperfección sea muy mínima. Porque eso me da que un ave esté asida a un hilo delgado que a un grueso, porque, aunque sea delgado, tan asida se estará a él como el grueso, en tanto que no le quebrare para volar.

Verdad es que el delgado es más fácil de quebrar; pero, por fácil que es, si no le quiebra, no volará. Y así es el alma que tiene asimiento en alguna cosa, que, aunque más virtud tenga, no llegará a la libertad de la divina unión.

Porque el apetito y asimiento del alma tienen la propiedad que dicen tiene la rémora con la nao, que con ser un pez muy pequeño, sí acierta a pegarse a la nao, la tiene tan queda, que no la deja llegar al puerto ni navegar. Y así, es lástima ver algunas almas como unas ricas naos cargadas de riquezas, y obras, y ejercicios espirituales, y virtudes, y mercedes que Dios las hace, y por no tener ánimo para acabar con algún gustillo, o asimiento, o afición—que todo es uno—, nunca van adelante, ni llegan al puerto de la perfección, que no estaba en más que dar un buen vuelo y acabar de quebrar aquel hilo de asimiento o quitar aquella pegada rémora de apetito.

Harto es de dolerse que haya Dios hécholes quebrar otros cordeles más gruesos de aficiones de pecados y vanidades, y, por no desasirse de una niñería que les dijo Dios que venciesen por amor de Él, que no es más que un hilo y que un pelo, dejen de ir a tanto bien. Y lo que peor es, que no solamente no van adelante, sino que, por aquel asimiento, vuelven atrás, perdiendo lo que en tanto tiempo con tanto trabajo han caminado y ganado. Porque ya se sabe que, en este camino, el no ir adelante es volver atrás, y el no ir ganando es ir perdiendo. Que eso quiso Nuestro Señor darnos a entender cuando dijo: *El que no es conmigo, es contra mí; y el que conmigo no allega, derrama* (Mt. 12,30).

Porque, así como el madero no se transforma en el fuego por un solo grado de calor que falte en su disposición, así no se transformará el alma en Dios por una imperfección que tenga, aunque sea menos que apetito voluntario; porque, como después se dirá en la Noche de la fe, **el alma no tiene más de una voluntad, y ésa, si se embaraza y emplea en algo, no queda libre, sola y pura, como se requiere para la divina transformación.**

Texto 2. La causa de toda perturbación es que nadie se acusa a sí mismo (San Doroteo)

Tratemos de averiguar, hermanos, cuál es el motivo principal de un hecho que acontece con frecuencia, a saber, que a veces uno escucha una palabra desagradable y se comporta como si no la hubiera oído, sin sentirse molesto, y en cambio, otras veces, así que la oye, se siente turbado y afligido. ¿Cuál, me pregunto, es la causa de esta diversa reacción? ¿Hay una o varias explicaciones? Yo distingo diversas causas y explicaciones y sobre todo una, que es origen de todas las otras, como ha dicho alguien: «Muchas veces esto proviene del estado de ánimo en que se halla cada uno».

En efecto, quien está fortalecido por la oración o la meditación tolerará fácilmente, sin perder la calma, a un hermano que lo insulta. Otras veces soportará con paciencia a su hermano, porque se trata de alguien a quien profesa gran afecto. A veces también por desprecio, porque tiene en nada al que quiere perturbarlo y no se digna tomarlo en consideración, como si se tratara del más despreciable de los hombres, ni se digna responderle palabra, ni mencionar a los demás sus maldiciones e injurias.

De ahí proviene, como he dicho, el que uno no se turbe ni se aflija, si desprecia y tiene en nada lo que dicen. En cambio, la turbación o aflicción por las palabras de un hermano proviene de una mala disposición momentánea o del odio hacia el hermano.

* El Santo habla solo de los apetitos voluntarios, pues los naturales poco o nada impiden para la unión al alma cuando no son consentidos, ni pasan de primeros movimientos. Quitar éstos en esta vida es imposible. "Bien los puede tener el natural y estar el alma según el espíritu racional muy libre

de ellos". A veces ocurrirá "que esté el alma en harta unión de oración de quietud en la voluntad, y que actualmente moren éstos en la parte sensitiva del hombre, no teniendo en ellos parte la parte superior que está en oración".

También pueden aducirse otras causas. Pero, si examinamos atentamente la cuestión, veremos que **la causa de toda perturbación consiste en que nadie se acusa a sí mismo.**

De ahí deriva toda molestia y aflicción, de ahí deriva el que nunca hallemos descanso; y ello no debe extrañarnos, ya que los santos nos enseñan que **esta acusación de sí mismo es el único camino que nos puede llevar a la paz.** Que esto es verdad, lo hemos comprobado en múltiples ocasiones; y nosotros, con todo, esperamos con anhelo hallar el descanso, a pesar de nuestra desidia, o pensamos andar por el camino recto, a pesar de nuestras repetidas impacencias y de nuestra resistencia en acusarnos a nosotros mismos.

Así son las cosas. Por más virtudes que posea un hombre, aunque sean innumerables, si se aparta de este camino, nunca hallará el reposo, sino que estará siempre afligido o afligirá a los demás, perdiendo así el mérito de todas sus fatigas.

Texto 3. La falsa paz de espíritu (San Doroteo)

El que se acusa a sí mismo acepta con alegría toda clase de molestias, daños, ultrajes, ignominias y otra aflicción cualquiera que haya de soportar, pues se considera merecedor de todo ello, y en modo alguno pierde la paz. Nada hay más apacible que un hombre de ese temple.

Pero quizás alguien me objetará: «Si un hermano me aflige y yo, examinándome a mí mismo, no encuentro que le haya dado ocasión alguna, ¿por qué tengo que acusarme?» En realidad, **el que se examina con diligencia y con temor de Dios nunca se hallará del todo inocente**, y se dará cuenta de que ha dado alguna ocasión, ya sea de obra, de palabra o con el pensamiento. Y, si en nada de esto se halla culpable, seguro que en otro tiempo habrá sido motivo de aflicción para aquel hermano, por la misma o por diferente causa; o quizás habrá causado molestia a algún otro hermano. Por esto sufre ahora en justa compensación, o también por otros pecados que haya podido cometer en muchas otras ocasiones.

Otro preguntará por qué debe acusarse si, estando sentado con toda paz y tranquilidad, viene un hermano y lo molesta con alguna palabra desagradable o ignominiosa, y sintiéndose incapaz de aguantarla, cree que tiene razón en alterarse y enfadarse con su hermano; porque, si éste no hubiese venido a molestarlo, él no hubiera pecado.

Este modo de pensar es, en verdad, ridículo y carente de toda razón. En efecto, no es que al decirle aquella palabra haya puesto en él la pasión de la ira, sino que más bien ha puesto al descubierto la pasión de que se hallaba aquejado; con ello le ha proporcionado ocasión de enmendarse, si quiere. Éste tal es semejante a un trigo nítido y brillante que, al ser roto, pone al descubierto la suciedad que contenía.

Así también el que está sentado en paz y tranquilidad, según cree, esconde, sin embargo, en su interior una pasión que él no ve. Viene el hermano, le dice alguna palabra molesta y, al momento, aquél echa fuera todo el pus y la suciedad escondidos en su interior. Por lo cual, si quiere alcanzar misericordia, mire de enmendarse, purifíquese, procure perfeccionarse, y verá que, más que atribuirle una injuria, lo que tenía que haber hecho era dar gracias a aquel hermano, ya que le ha sido motivo de tan gran provecho. Y, en lo sucesivo, estas pruebas no le causarán tanta aflicción, sino que, cuanto más se vaya perfeccionando, más leves le parecerán. Pues **el alma, cuanto más avanza en la perfección, tanto más fuerte y valerosa se vuelve en orden a soportar las penalidades que le puedan sobrevenir.**

Texto 4: "Mi alma está desasida de toda cosa criada" (San Juan de la Cruz)

Cuenta el Padre Crisólogo en la biografía de San Juan de la Cruz, que iba un día el Santo de Granada a Beas, y sacando el saquito que llevaba siempre consigo donde tenía las cartas de Santa Teresa, dijo al hermano que lo acompañaba. "¿Por qué el religioso tiene que tener el corazón apegado a cosa alguna de la tierra?", y las rompió todas. Era - dijo el hermano- la única propiedad que tenía, junto con el breviario, el rosario y la disciplina.

Fue sin duda un ejercicio de desprendimiento y de libertad que le debió de costar mucho al Santo, pues la Santa ya no vivía y sólo de su recuerdo sacaba fuerzas en sus pruebas. Por eso bien pudo decir "Mi alma está desasida de todo criatura".

2 y 3. Ejercicio de CARIDAD y de ABNEGACIÓN para esta semana

La felicidad es patrimonio del corazón limpio y libre.

Lee y medita esta leyenda: *¿Dónde esconder la felicidad del hombre? Se preguntaron los Ángeles. ¡En el fondo del mar!, dijo uno. -No, porque llegará el hombre y la confundirá con las perlas, que son la riqueza del mar. -¡En los bosques!, dijo otro. -No, porque llegará el hombre y cazarán animales. Entonces la confundirá con el poder y dominio. -¡En las nubes, en las alturas!, dijo un tercero. -No, porque las dominará. Conocerá las tormentas y pensará que en la lucha, en la guerra, está la felicidad... ¡La esconderemos en su propio corazón!*

Reza también e intenta vivirla, esta oración de Carlos de Foucauld:

*"Nuestro Maestro ha sido despreciado; el siervo no debe ser honrado.
El Maestro ha sido pobre; el siervo no debe ser rico.
El Maestro ha vivido con el trabajo de sus manos; el siervo no debe vivir con rentas propias.
El Maestro ha andado a pie; el siervo no debería ir a caballo.
El Maestro se rodeaba de la compañía de los pequeños, de los pobres, de los trabajadores; el siervo no debe codearse con los grandes señores.
El Maestro fue calumniado; el siervo no debe ser alabado.
El Maestro estuvo mal vestido, mal alimentado, mal albergado; el siervo no debe andar bien vestido, bien comido, bien instalado.
El Maestro trabajó y se fatigó; el siervo no debe darse reposo.
El Maestro quiso presentarse pequeño; el siervo no debe pretender presentarse grande. Imitemos a Jesús en todo, aquí está la perfección: Jesús es Dios, Dios es perfecto"* (Escritos Espirituales).

Esfuézate en vivir esta semana estos consejos del P. Morales:

"Recuerda el mensaje de Lourdes: «Penitencia, penitencia, penitencia, por la conversión de los pecadores». Y el de Fátima: «¿Queréis ofreceros por la salvación de las almas? Entonces tendréis que sufrir mucho. Pero no tengáis miedo. Él os ayudará». Penitencia, ofrecida también por nuestros pecados. Como no «hemos seguido la vida pura» de San Luis Gonzaga, «debemos imitarle en su penitencia», nos dice la Iglesia en su liturgia (Misa 21 junio). El fuego del amor de Dios en el corazón, sólo se puede mantener encendido arrojando continuamente ramitas secas de sacrificios ofrecidos a la Virgen. «El sacrificio no es distinto del amor, es el amor mismo puesto en acción» (Isabel de la Trinidad).

Un antiguo compañero de armas visita en el monasterio de Claraval al Beato Gerardo. «¿Por qué hacéis tanta penitencia?», le pregunta. El hermano de San Bernardo responde lacónicamente: «Porque somos los **equilibradores del mundo desequilibrado por el pecado.**»

Tu mortificación debe estar **empapada de amor.** «El cristiano es un brote de la cruz, una rama» (San Ignacio de Antioquía), un «hijo del Calvario» (San Agustín). Carlos de Foucauld decía: «Con el mismo ardor con que antes me entregaba a los placeres del cuerpo, busco ahora el despojo propio». Sabía que, para saborear las cosas del cielo, hay que domesticar el cuerpo. Vivía la liturgia de San Pedro de Alcántara, juntando en su corazón oración y mortificación. «Enriquecido con dones de penitencia admirable y altísima contemplación», alcanzará también el cruzado «mortificar su carne, para captar las cosas celestiales» (Oración de la Misa).

Naturalidad y sencillez deben barnizar nuestra austeridad de vida y nuestro espíritu de mortificación ante el mundo. Musgo suavizando granito, terciopelo recubriendo hierro. No debe extrañarte que tu vida sea en algún aspecto chocante para cuantos te rodean. La luz también contrasta con la oscuridad. Debes estar encarnado en la masa, pero como levadura haciéndola fermentar. Como levadura que sufre y muere, como hizo Cristo".